

*Palabras del Académico Julián Pérez Medina, vicepresidente de la Academia de Historia de Antioquia, en el paraninfo de la U. de A., al agradecer el homenaje que recibió con motivo de sus 50 años de vida profesional.*

## **"HAY MÁS DICHA EN DAR QUE EN RECIBIR"**

*Por Julián Pérez Medina*

Cuando le tributaron un clamoroso homenaje a la preclara dama Luz Castro de Gutiérrez, valor ilustre de la antioqueñidad en este siglo, yo me acerqué a ella para felicitarla con la emoción de un sincero admirador por su maravillosa vida, y me dijo: "*Julián: estos homenajes se organizan por amigos generosos, cuando ya se acerca la muerte*". Efectiva y desgraciadamente ella falleció a los pocos días. Digo esto con estupor porque no deseo que conmigo se repita la historia, a pesar de sentirme enfermo y cansado. Claro que yo entiendo este acto no sólo por el bondadoso corazón de quienes lo organizan, sino porque sé muy bien que no se honra a una persona, sino al limpio periodismo de Antioquia en todas sus épocas.

Cuando al insigne Camilo José Cela le entregaron con sobrados méritos el prestigioso *Premio Príncipe de Asturias*, al cual sólo tienen acceso los más altos exponentes de la intelectualidad hispanoamericana, algún despistado contertulio le preguntó por qué sería que había ganado, y él respondió simplemente que porque había resistido... Guardadas las debidas y lógicas proporciones, voy a repetir lo mismo, él en la cumbre y yo en el llano, porque no en vano han pasado por mi vida y por la de mi abnegada familia, a la cual otra vez rindo públicamente tributo de gratitud, cincuenta años de periodismo, obviamente sin sobresalir en él, pero colmados de entusiasmo cotidiano y de honestidad ilímite por la profesión, porque como decía sabiamente Razia Bhatti, en su tierra paquistaní, "los periodistas debemos buscar y decir la verdad porque somos de los millones que no tienen voz". Además, las Sagradas Escrituras ya habían proclamado que "de la abundancia del corazón habla la boca".

Con la benevolencia de ustedes quiero hacer un brevísimo balance de mis amargas derrotas y de mis alegres triunfos en el ejercicio del periodismo. En efecto, yo fui derrotado muchas veces por la ominosa censura de la dictadura, cuando a las tres o cuatro de la madrugada, ya exhaustos, teníamos que desbaratar el diario *El Correo* para atender los caprichos del atrabiliario funcionario que, revólver en mano, ejercía su odiosa función de censor implacable.

Yo fui derrotado una tarde en las oficinas del glorioso vespertino *El Diario*, cuando otro esbirro del régimen opresor me amenazó con llevarme a la cárcel si insistía en mis reclamos por la publicación de un artículo de la brillantísima periodista Migdonia Barón Restrepo.

Yo fui derrotado otro día cuando el ínclito director de *El Colombiano*, el inolvidable maestro Juan Zuleta Ferrer, me contó, enfurecido, que había propuesto mi nombre al Consejo Superior de una prestigiosa universidad para que me exaltara con el título Honoris Causa en periodismo por la creación de la hoy pujante Facultad de Comunicaciones. Y le dijeron a Zuleta que no porque yo era un liberal peligroso. Esto mereció al director de ese gran diario antioqueño, una histórica y severa reprimenda a los sectarios dirigentes universitarios de ese entonces. Pero como ven, ya todo ha cambiado.

Yo también fui derrotado cuando por razones que no he podido entender aún perdí mi noticiero Avance, en momentos en los cuales tenía la más copiosa sintonía en el departamento. Fueron dieciséis años de labores que tuvieron honda significación en mi trabajo.

Yo fui derrotado hace pocos años cuando me negué a aceptar la grosera censura que pretendía imponerme un odioso y minúsculo director universitario. Preferí retirarme con amargura.

Yo fui derrotado cuando desde mi libérrima columna del muy prestigioso diario EL MUNDO le solicité, con humildad democrática, a la actual Secretaria de Educación que honrara la memoria de los grandes dirigentes del Nordeste antioqueño, mi comarca amada, bautizando con sus nombres inolvidables, las escuelas y colegios de la región, algunos de los cuales yo, precisamente, había ayudado a fundar y a sostener. Entre esos nombres brillantísimos estaba nada menos que el de la abnegada misionera Isabelita Tejada, cuya beatificación se acerca. Y esa funcionaria se negó.

Doy mi palabra, con toda honradez, que por todos estos sinsabores no guardo ningún rencor y prefiero, así resulte folclórico, recordar el viejo pero quizás sabio refrán español, según el cual, "muerto el perro, acabada la rabia".

Sin embargo, para mi gozo personal y profesional, tengo algunas victorias, que sin posar de pedante, también quisiera recordar, como la de haber sido promotor y primer Presidente del prestigioso Círculo de Periodistas de Antioquia, y presidente después en cinco ocasiones más por amable equivocación de mis colegas.

También como la de haber sido promotor y primer Presidente del Círculo de Cronistas Deportivos de Antioquia y más luego en tres o cuatro oportunidades. Lo mismo que de haber sido promotor y su primer Presidente de la Asociación Colombiana de Redactores Deportivos.

Para mí fue un triunfo y un orgullo que por mis artículos en periódicos y revistas sobre antioqueños epónimos, me hubiesen llamado a la Academia Antioqueña de Historia, la cual me ha honrado no sólo con hacerme miembro de número sino haberme llevado a la mesa directiva.

Ha sido, igualmente, un triunfo haber podido publicar en mi ya larga vida catorce libros sobre periodismo, narración, historia y otros temas. Todos se encuentran agotados.

Y tengo, para no alargarme demasiado, pues sería petulante y fatuo, dos victorias inobjetables, de las cuales me siento y no lo puedo ocultar profundamente satisfecho: la primera, haber presentado ante la Asamblea Departamental de Antioquia, de la cual fui diputado por 18 años, y en tres ocasiones su Presidente, la creación de la ya citada Escuela de Periodismo de la Universidad de Antioquia, nuestra Alma Mater. La Asamblea para mi fue una escuela en la cual aprendí a servir a mi departamento. Como realmente no he sido político de profesión, recuerdo muy bien una amable nota del admirable patriarca del periodismo Eduardo Uribe Escobar, cuya muerte todavía lamentamos, cuando dijo que yo con la creación de esa escuela demostraba que era un periodista prestado a la educación y a la política.

La segunda victoria que llena de alborozo mi vanidad es la casi elaboración del proyecto de ley para crear el Estatuto de Periodismo. La Cámara y el Senado dieron la aprobación sin reticencias y hasta una comisión tuvo la gentileza conmigo de invitarme a la discusión.

Si me quedan, pues, algunas decepciones inevitables, también tengo en lo personal actuaciones que me honran. Porque nadie puede levantar la mano para decir que fui deshonesto o que aproveché los medios de comunicación en los cuales trabajé, para obtener ventajas personales. Esa herencia se la dejo a mi familia..

Dijo Jesús, el buen Jesús, que "hay más dicha en dar que en recibir". He dado lo que he podido, para dar cumplimiento a las órdenes perentorias que recibí, hace muchísimos años, en mi cara tierra segoviana, en donde más calienta el sol, de mis padres que como tantas veces lo he expresado pública y privadamente me siguen asistiendo desde el Reino de Dios, y muchísimo más ahora cuando estoy llegando tranquilamente a la meta final de mi existencia.

Yo he sido un hombre absolutamente creyente, sin que exista ninguna incompatibilidad con mis ideas inclinadas a la izquierda y aprendidas en la lucha dura y edificante de Gaitán, el caudillo sacrificado por estar al lado de los marginados. Quiero, entonces, aprovechar la solemnidad de este acto, en tan augusto recinto, para agradecer al Todopoderoso lo que me ha dado. Con razón una bella oración dice que él tiene más para darnos que nosotros para pedirle.

Al mismo tiempo es mi decisión irrevocable y pública pedir perdón sincero a quienes en el fragor de la batalla, hubiera podido ofender, o al menos lastimar con algún escrito mío en estos cincuenta años que ustedes amablemente me recuerdan en el periodismo.

Notarán, seguramente, que aquí falta alguien. Quiero recordar con gran cariño y admiración a un noble amigo, a un gran señor, a un maestro de todas las horas, del cual muchos de los aquí presentes hemos recibido tantas enseñanzas valiosísimas. Físicamente no está aquí, pero como él mismo me lo dijo, espiritualmente me está acompañando. Ya ustedes habrán adivinado que me estoy refiriendo a Alfonso Lopera, infortunadamente enfermo en estos momentos. Ruego que todos hagamos votos por su recuperación porque lo necesitamos.

Señoras y señores: les suplico, con profunda humanidad, que comprendan que este es un acto muy emocionante de mi vida, con una fuerza telúrica imposible de explicar.

Para concluir estas maltrechas palabras, deseo recabar de los colegas y de quienes admiran esta difícil profesión, lo mismo que a los estudiantes de comunicación, la defensa cotidiana de la libertad de expresión, una defensa indomeñable, sin treguas, sin miedos, sin eclipses.

Sin embargo, no confundamos la libertad de expresión con el libertinaje. Seamos periodistas independientes, pero agarrados fuertemente en los medios de comunicación, a los principios tutelares de la ética. Todo esto porque según decía Nelson Mandela "la prensa debe cumplir una misión de espejo, en la cual las figuras públicas puedan mirarse para ver si están siguiendo el buen camino".

A ustedes, los que aún creen en mí, sólo me resta decirles en alta voz y emocionadamente. ¡Dios les pague!...



*"Las acciones que ni mudan ni alteran la verdad de la historia no hay para que escribirlas si han de redundar en menosprecio del señor de la historia. A fe que no fue tan piadoso Eneas como Virgilio lo pinta, ni tan prudente Ulises como le describe Homero. Así es, replicó Sansón; pero uno es escribir como poeta, y otro como historiador: el poeta puede contar o cantar las cosas no como fueron, sino como debían ser, y el historiador las ha de escribir no como debían ser, sino como fueron, sin añadir ni quitar a la verdad cosa alguna".*